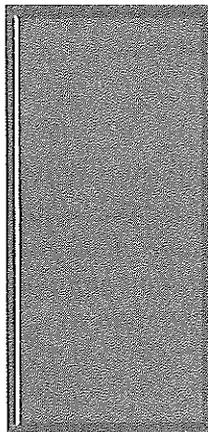


Gloria M. Comesaña Santalices (Universidad del Zulia,
Maracaibo, Venezuela)

José Luis Arias Venegas (Seminario Mayor Arquidiocesano Santo
Tomás de Aquino, Maracaibo, Venezuela)

*La libertad de comenzar
como clave de la vida política*



RESUMO

Entre as contribuições de Hannah Arendt à Teoria Política, consideramos seu conceito de *liberdade* como princípio constitutivo da *mundanidade* e do *espaço de aparição*. Arendt distingue entre liberdade interior e liberdade política, sendo que esta última encontra-se num nível superior que define o humano como tal. Nesse sentido, a liberdade como espontaneidade tem sua origem no *nascimento*, prossegue na *ação* que, como *atos* e *palavras*, permite ao ser humano criar a esfera pública na qual a liberdade, como um *milagre*, faz surgir o inesperado e o irreversível que só podem se efetuar na *pluralidade*.

ABSTRACT

Among H. Arendt contributions to the Political Theory, we consider his concept of freedom as the constitutive principle of the mundanity and the space of appearance. Arendt distinguishes between inner freedom and political freedom, being the last on an upper level which defines the human being as such. In this sense freedom as spontaneity has its origin in the birth, goes on in action which, with acts and words allows the human being to create the public sphere in which freedom, as a miracle, makes the unexpected and the irreversible come out through plurality.

Nuestra reflexión se enmarca bajo la égida arendtiana. El primer concepto al que debemos referirnos es entonces, en razón del tema tratado, el de *natalidad*. Para Hannah Arendt la *natalidad*, como comienzo, viene a ser la capacidad suprema del ser humano, identificándose con la libertad. Así en *Los orígenes del Totalitarismo* afirma:

El comienzo, antes de convertirse en un acontecimiento histórico es la suprema capacidad del hombre; políticamente se identifica con la libertad del hombre. Initium ut esset homo creatus est ("para que un comienzo se hiciera fue creado el hombre") dice Agustín. Este comienzo es garantizado por cada nuevo nacimiento; este comienzo es, desde luego, cada hombre¹ (Arendt, 1974, p. 580).

Cada hombre, desde el punto de vista arendtiano es miembro de una pluralidad que acontece en el mundo, espacio de su aparición en el que precisamente se muestra como tal ser humano, es decir, libre. Esta libertad se concreta mediante la acción: acto y palabra, a través de los cuales el individuo vuelve a nacer cada vez, al mismo tiempo autor-creador y elemento "atrapado" en la red de los asuntos humanos en la cual debe aprender a desenvolverse.

El pasado y el futuro encierran entre sí antagónicamente,² esa fuerza ineludible a la que llamamos libertad. Dilucidar lo que sea esta fuerza se nos presenta según Arendt como una empresa sumamente difícil, a causa de sus contradicciones lógicas.

En su forma más simple, la dificultad se puede resumir como la contradicción entre nuestra conciencia y nuestro consciente, que nos dicen que somos libres y por tanto responsables, y nuestra experiencia en el mundo exterior, en el que nos orientamos según el principio de causalidad (Arendt, 1.996, p.155).

Para resolver este dilema entre libertad y causalidad, vamos a adentrarnos en la distinción entre la llamada libertad interior y la libertad po-

¹ Véase de la misma autora, *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, 1996, p. 179.

² Véase Arendt, Hannah *La vida del espíritu*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1984, p. 232s. Allí se habla del presente como el "lugar" en el que se enfrentan como antagonistas el pasado y el futuro (valiéndose de una parábola de Kafka). Nos atrevemos aquí a asimilar la libertad con el presente, considerando que es precisamente ese el tiempo de la libertad.

lítica. La libertad interior, descubierta según la autora en la antigüedad tardía, se consigue únicamente apartándose del mundo, y no debe confundirse con el corazón ni con la mente. Se trata de un espacio en la interioridad del propio yo en la que el libre albedrío juega un papel fundamental. Uno de los autores que más contribuyó a la formulación de dicho concepto fue Epicteto, quien señalaba que es libre aquel que vive como quiere en la medida en que logra entender que las cosas exteriores son solamente datos de conciencia y no tienen mas poder sobre él que el que la fuerza de su voluntad les permite tener.

Epicteto subraya la necesidad de proteger nuestra alma de las pasiones y de la apetencia de las cosas externas, ya que la verdadera esclavitud es la que nos somete a los deseos. De esta manera afirmó que ningún poder es tan absoluto como el que cada quien puede ejercer sobre sí mismo. Por ello en este tipo de planteamiento, el interior del ser humano aparece como el espacio más seguro en el que puede refugiarse para lograr lo que percibían como la verdadera libertad, es decir, la soberanía.

Esta es una confusión que nuestra autora rechaza constantemente, señalando que tan erróneo es “negar la libertad humana de actuar debido a que el agente nunca es dueño de sus actos, como mantener que es posible la soberanía humana por el incontestable hecho de la libertad humana” (Arendt, 1993, p. 255). En este sentido debemos aquí detenernos para explicar la posición de Arendt, al considerar compatibles lo que ella llama la no-soberanía y la libertad política o libertad de actuar.

En efecto, nos dice Arendt, desde el momento en que, con pensadores como Pablo y Agustín comenzó a percibirse como sede de la libertad la voluntad y no la acción, (es decir la esfera de la política), comenzó así mismo a confundirse la libertad con el libre albedrío, afirmando que ser libre implica el poder de realizar lo que se quiere, con lo cual la soberanía pasó a ser el ideal de libertad humana. Este ideal implica tanto el autocontrol, como la posibilidad, si no de controlar las circunstancias externas, sí de manejarlas de forma tal que no nos afecten. Es, llevado esto al extremo, la propuesta de Epicteto y de los estoicos.

En todo caso, dice Arendt, la soberanía es imposible debido al hecho de la pluralidad, que como condición humana es insuperable. “No es el hombre en superlativo, sino la totalidad de los hombres los que habitan el planeta. La pluralidad es la ley de la tierra” (Arendt, 1984, p. 31) afirma en *La Vida del Espíritu*. En todo caso, de la supuesta e indeseable superación de la pluralidad, no se seguiría la soberanía del yo, sino un dominio arbitrario

sobre los demás, o el reemplazar el mundo real por uno imaginario, como en la propuesta estoica. (Arendt, 1993, p. 254, 255)

Precisamente lo que el totalitarismo intenta es abolir esa pluralidad tan importante para la esfera política. Por eso dice en *Los Orígenes del Totalitarismo* que éste “reemplaza las fronteras y los canales de comunicación entre los individuos con un anillo de hierro que los mantiene tan estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en Un Hombre de dimensiones gigantescas” (Arendt, 1974, p. 565).

¿Donde reside entonces la libertad según Arendt? ¿Y que sentido tiene para ella hablar de *libertad interior* o de *libertad política*? Es evidente para nuestra autora que no sabríamos nada de la libertad interior si no la experimentásemos previamente en el mundo externo de una manera tangible: “Primero nos hacemos conscientes de la libertad o de su opuesto en nuestra relación con los otros, no en la relación con nosotros mismos” (Arendt, 1996, p.160).

Aunque para ella “la libertad como hecho demostrable y la política coinciden y se relacionan entre si como las dos caras de una misma moneda”, (Arendt, 1996, p. 161) y pese a sus críticas al concepto estoico de libertad, creemos que mantiene un concepto de *libertad no política* que podría equipararse al concepto sartreano de libertad ontológica.

No es éste el lugar para desarrollar una comparación entre ambos autores a la que pensamos dedicar otro trabajo. Así mismo consideramos interesante desentrañar más adelante si Arendt asume o no el concepto agustiniano de voluntad como sede de la libertad (aunque parece ser muy crítica al respecto y rechazar este planteamiento, pensamos que, tomando en consideración ciertos matices de su pensamiento, esta interpretación puede ser considerada como acertada). Además no hay que olvidar que ella se apresura a destacar que Agustín, por ser romano además de ser cristiano, reflexionó sobre la *libertad política* en *De Civitate Dei*, obra en la que concibe la libertad no como una disposición interior, sino como la manera de existir en tanto que ser humano en el mundo.

Arendt señala que Agustín, en la obra mencionada, comparte la experiencia política clave para los romanos, vale decir, que la libertad fue el principio que se puso de manifiesto en el acto de fundación.³ En este senti-

³ Con ello se refiere al concepto nuclear de la concepción política de los romanos, para los cuales, toda la fuerza y la justificación de sus instituciones y gestas políticas, se derivaba directamente de la fundación de Roma por un grupo humano cuyo legado debían aumentar.

do señala nuestra autora que “San Agustín fundamentó ontológicamente esta libertad romana al afirmar que el hombre mismo es un comienzo, un inicio, ya que no existe desde siempre sino que viene al mundo al nacer” (Arendt, 1997, p. 77).

Esta reflexión nos conduce a reiterar la importancia, en el pensamiento arendtiano, de la categoría de natalidad, con la cual comenzábamos este trabajo. Así pues, somos libres en la medida en que somos creadores, iniciadores de algo nuevo a través de la acción, que surge precisamente como espontaneidad innovadora a partir del hecho de que, como hemos dicho, somos nacidos, hemos *llegado* al mundo en un momento temporalmente determinado, que marca, precisamente, un comienzo.

Este es el momento de introducir en nuestra reflexión la idea de milagro, que ella toma de las palabras y ejemplos de Jesús de Nazareth, por sorprendente que pueda parecer a muchos. Y así afirma, reconociendo la extraordinaria relación entre el milagro y la acción, es decir la capacidad de comenzar:

Encontramos en el Nuevo Testamento una comprensión extraordinaria de la libertad y en especial del poder inherente a la libertad humana; pero la capacidad humana que corresponde a este poder (...), no es la voluntad sino la fe. El trabajo de la fe – su producto en realidad – es lo que los evangelistas llamaron “milagros”, una palabra con diversos significados en el Nuevo Testamento y difícil de comprender. Podemos dejar de lado las dificultades y referirnos sólo a los pasajes en que los milagros son, sin duda, no hechos sobrenaturales sino sólo lo que todos los milagros –tanto los que hacen los hombres como los que ejecuta un agente divino- siempre deben ser: interrupciones de alguna serie natural de acontecimientos, de algún proceso automático, en cuyo contexto constituyen lo absolutamente inesperado (Arendt, 1996, p. 180 ,181).

Este algo inesperado es precisamente la acción, la puesta en marcha de la libertad política. Para nuestra autora, esta libertad política, que es la que en principio le interesa, está siempre ineludiblemente ligada a la que considera como la más elevada de todas las actividades que constituyen la condición humana: la acción, es decir, el discurso y el acto mediante los cuales nos hacemos parte del mundo trayendo con ello a él algo inédito. La acción toma “su (...) impulso del comienzo, que se adentró en el mundo cuando nacimos y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa” (Arendt, 1993, p. 201).

Y esta libertad así entendida, es decir como la capacidad de crear algo nuevo, algo que no existía, sólo se puede realizar como libertad política, y es en este sentido que el ser humano es según Arendt, libre, *Initium*. Desde el siglo XVIII y todavía en nuestros días, con el nuevo auge del liberalismo, que considera que mayor es la libertad, cuanto menor sea el espacio ocupado por la política, ésta ha sido básicamente percibida como la garante de la seguridad de los individuos y de su posibilidad de ejercer su libertad en cualquier otro campo que no sea el de la política. Desde esta perspectiva, totalmente opuesta a la concepción arendtiana, hacer política es simplemente dedicarse a administrar la cosa pública y la seguridad ciudadana, de modo que los individuos puedan desplegar su libertad en cualquier otra esfera: económica, cultural, religiosa, comunicacional, etc.

Es por todas estas erróneas interpretaciones de lo que es realmente la libertad, que Arendt propone una vuelta "a la Antigüedad, es decir a sus tradiciones políticas y prefilosóficas" (Arendt, 1996, p. 177). Al hacer esto deja bien claro que la tradición a la que se refiere es la de los grandes momentos de la polis griega o de la política fundacional de los romanos, puesto que ya para Platón y Aristóteles la política no era la sede de la libertad humana, residiendo ésta para ellos más bien en la contemplación de las cosas eternas a la que precisamente se dedicaba el filósofo. Esta forma de concebir la libertad se reencuentra en el cristianismo, que en buena medida la tomó de la Filosofía griega. Así, dice nuestra autora, "esta libertad cristiana destinada a lograr la salvación estuvo precedida, como hemos visto, por la actitud de abstención de los filósofos ante la política, a modo de requisito previo para la forma de vida suprema y más libre, la vida contemplativa" (Arendt, 1996, p. 163).

El regreso hacia atrás, hacia griegos y romanos con sus experiencias políticas, es para Arendt ineludible si se quiere ir más allá de la corteza y penetrar en el ámbito originario del que surge la política, pues "ni antes ni después los hombres jamás pensaron con tanta hondura sobre la actividad política ni confirieron tanta dignidad a ese campo" (Arendt, 1996 : 166).

Y es hacia la recuperación de esa dignidad de la política y de la hondura del pensamiento a ella consagrado, hacia donde Arendt quiere conducirnos, a fin de revelarnos lo que realmente la política es. En este proceso de retorno a los orígenes en busca de la esencia de la libertad humana, nuestra autora concede mucha importancia al hecho, lingüísticamente curioso, de que tanto el griego como el latín disponían de dos vocablos para expresar lo que nosotros designamos con el término *actuar*.

Dichos términos eran *archein* y *prattein* en griego, y *agere* y *gerere* en latín. En cuanto a su significado, Arendt nos indica que *archein* significa empezar, guiar y finalmente gobernar, mandar, mientras que *prattein* implica llevar algo a buen fin, realizar, acabar. En el caso del latín, *agere* significa poner algo en movimiento, guiar, y *gerere* equivale a llevar, continuación sostenida y duradera de actos pasados. En *La Condición Humana* profundiza en el asunto señalando:

Parece como si cada acción estuviera dividida en dos partes, el comienzo, realizado por una sola persona, y el final, en el que se unen muchas para "llevar" y "acabar" la empresa aportando su ayuda.(...) En ambos casos, la palabra que originalmente designaba sólo la segunda parte de la acción, su conclusión - prattein y gerere -, pasó a ser la palabra aceptada por la acción en general, mientras que las que designaban el comienzo de la acción se especializaron en el significado, al menos en el lenguaje político. Archein pasó a querer decir principalmente "gobernar" y "guiar" cuando se usó de manera específica y agere significa "guiar en vez de "poner en movimiento"⁴ (Arendt, 1993, p. 212, 213).

Cuando Arendt se remite al universo lingüístico a partir del cual los antiguos griegos y latinos se referían a los hechos políticos, quiere precisamente resaltar, siguiendo a Kant, el carácter eminentemente espontáneo de la libertad, de modo que para ella, cuando se habla de libertad política está claro que la libertad y la espontaneidad coinciden, implicando evidentemente la capacidad de comenzar, como hemos señalado anteriormente. De lo que aquí se habla es precisamente de la acción política, acción a secas para Arendt, pues no requiere ningún otro calificativo para ser lo que es. Para nuestra autora no hay acción que no sea política.

Por otra parte, deja bien claro el carácter gratuito de la acción, lo que la marca con la impronta de la impredecibilidad. En efecto, la acción, que es la actividad a partir de la cual lo humano alcanza su máxima expresión, no depende de las cosas ni de la materia como las otras actividades, sino de la total y arbitraria decisión humana, es decir de una espontaneidad de donde surge lo nuevo, sin justificaciones ni explicaciones

Hasta aquí creemos que se ha hecho evidente que la libertad, como razón de ser de la política, se manifiesta en la acción, y que ésta para

⁴ Véase también *Entre el pasado y el futuro*, p.178.

efectuarse, depende de la pluralidad humana y del espacio de aparición como elementos que le dan además su sentido como creación e innovación. Así, nos dice Arendt, “la libertad es en rigor la causa de que los hombres vivan juntos en una organización política. Sin ella, la vida política como tal no tendría sentido. La *raison d’être* de la política es la libertad, y el campo en el que se aplica es la acción” (Arendt, 1996, p. 158).

La acción para Arendt es, de entre las actividades que integran el ámbito de la *vita activa*, la única de la que no es posible abstenerse sin que dejemos de inmediato de ser humanos, de modo que es mediante la acción como nos hacemos parte del mundo⁵ (del artificio humano), entrando en él como si naciósemos de nuevo, esta vez por decisión propia. La acción se manifiesta según Arendt a la vez como discurso y como acto, siendo de alguna manera imprescindibles el uno y el otro. Es a través de la acción, acto y palabra en su más completa expresión, como nos insertamos en el mundo de lo humano, llevados a ello por la espontaneidad que se deriva del impulso originario que es la natalidad en cuanto inicio, del cual proviene toda capacidad de comenzar.

Sin embargo es preciso señalar, que, aunque el impulso que nos lleva a actuar, es decir a traer al mundo lo inesperado, es totalmente incondicionado, no podría darse sino en medio de la pluralidad, la cual, como “*ley de la tierra*”, (Arendt, 1993, p. 201) *acompaña* siempre la acción. Aquí debemos entender claramente que no se trata de ninguna incoherencia, pues la pluralidad es parte de la condición humana al mismo título que la acción, que como hemos señalado es incondicionada. Solamente le proporciona el marco en el que ésta ineludiblemente se activa, pues todo solipsismo, aún hipotético, está excluido del pensamiento arendtiano.

Ahora bien, la pluralidad por sí sola no conduce a la acción, es preciso que se trate de una pluralidad organizada en torno al logro de un objetivo común, libremente perseguido por todos los integrantes de la comunidad. Es en este sentido que la *polis* griega es para Arendt paradigmática:

La polis, propiamente hablando, no es la ciudad-estado en su situación física; es la organización de la gente tal como surge de actuar y hablar juntos, y su verdadero espacio se extiende entre las personas que viven

⁵ Una vida sin acción ni discurso (...) está literalmente muerta para el mundo; ha dejado de ser vida humana porque ya no la viven los hombres.” Ver Arendt, Hannah: *La Condición Humana*, pág. 201.

juntas para este propósito, sin importar dónde estén. "A cualquier parte que vayas, serás una polis": estas famosas palabras (...) expresaban la certeza de que la acción y el discurso crean un espacio entre los participantes que puede encontrar su propia ubicación en todo tiempo y lugar. Se trata del espacio de aparición en el más amplio sentido de la palabra, es decir, el espacio donde yo aparezco ante otros como otros aparecen ante mí, donde los hombres no existen meramente como otras cosas vivas o inanimadas, sino que hacen su aparición de manera explícita (Arendt, 1993, p. 221).

La *polis* griega es además el punto de referencia para indicar la transcendencia que tiene para la realidad humana la creación y la conservación de un *espacio de aparición*, en el cual la acción, es decir la libertad, aparece y se ejerce como realidad política, en otras palabras, como una realidad que es obra exclusivamente humana y en la cual lo propiamente humano puede manifestarse en toda su grandeza y esplendor.

En este universo de la libertad política, los humanos deben moverse, piensa Arendt, siguiendo a Montesquieu, en función de principios inspiradores que indican metas universales, y que se manifiestan como tales solo en el momento de su ejecución, en el momento de la acción, y no antes o después. Entre estos principios señala nuestra autora, siguiendo al autor citado, el honor, la gloria, el amor a la igualdad, o virtud, pero también miedo, desconfianza u odio. Al darle curso a estos principios, aparece en el mundo la libertad o sus opuestos

la apariencia de libertad, como la manifestación de principios coincide con la acción ejecutora. Los hombres son libres- es decir, algo más que poseedores del don de la libertad- mientras actúan, ni antes ni después, porque ser libre y actuar es la misma cosa" (Arendt, 1996, p. 165).

Por otra parte destaca Arendt que la libertad en cuanto cualidad definitiva de la acción, puede comprenderse mejor asociándola al concepto maquiavélico de *virtù* que indica la excelencia en la interpretación⁶, el virtuosismo caro a los griegos al referirse a la calidad de la ejecución en las artes interpretativas, de donde pasó a usarse como metáfora en el campo

⁶ Ib. En el caso de Maquiavelo, *virtù* indicaba "la excelencia con que el hombre responde a las oportunidades ofrecidas por el mundo bajo la forma de la fortuna."

político. Es pues en este mismo sentido metafórico que se dice a veces que la política es un "arte".

Entre esos principios inspiradores de la acción, Arendt considera el valor como una de las virtudes políticas cardinales, exigida por la naturaleza misma del ámbito público, en el cual las vidas individuales y las preocupaciones personales no cuentan como lo hacen en el plano de lo privado, donde lo que importa es asegurar los procesos vitales protegiendo a la familia y al hogar. Pero si nos quedásemos en este plano no lograríamos la máxima expresión humana que antepone la libertad a la vida. Por eso dice Arendt refiriéndose a la esfera de la política:

...hemos llegado a un campo en el que la preocupación por la vida ha perdido su validez. El valor libera a los hombres de su preocupación por la vida y la reemplaza por la de la libertad del mundo. El valor es indispensable porque en política lo que se juega no es la vida sino el mundo (Arendt, 1996, p.169).

Podría pensarse que este concepto arendtiano de la libertad política como capacidad de comenzar, de traer al mundo lo inesperado, es a la vez demasiado utópico y demasiado elitescos, privilegiando la figura del héroe solo, que desde lo alto de su pedestal hace fulgurar su libertad y "salva" lo que esté en juego en el momento, en cualquier caso la existencia de la comunidad política como tal o el mundo de los asuntos humanos, en la terminología de nuestra autora.

Responderemos a lo segundo señalando que, si bien es cierto que se encuentra este tipo de modelo de la vida política en Arendt, exaltando al héroe y las características agonistas de la acción, en su obra encontramos también una base fuerte para desarrollar un concepto más cooperativo y solidario de la política, en la medida en que destaca igualmente la importancia de la pluralidad para la acción, y el hecho, que como ella misma dice se refleja en el lenguaje, de que sin un grupo unido o una comunidad que respalde y continúe la acción, ésta caería más tarde o temprano en la inanimidad, la ineficacia y el olvido. En todo caso consideramos ambos modelos como válidos y complementarios, e igualmente existentes en la realidad.

En cuanto a la caracterización de su pensamiento como utópico, debemos señalar que lo que se le critica constituye para nosotros el atractivo mayor de su pensamiento, ya que al distinguir el *poder* de la *fuerza*, nos ofrece una visión positiva del poder, despojándolo de su connotación de

dominio para destacar su aspecto de potencialidad, que solo se "activa" cuando los individuos actúan concertadamente. Así, nos dice en *La Condición Humana*:

El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades" (Arendt, 1993, p. 223).

Y más adelante añade: "Cabría decir que el poder es siempre un poder potencial y no una intercambiable, mensurable y confiable entidad como la fuerza" (Arendt, 1993 p. 223).

En este mismo orden de ideas, es preciso destacar además que lo que Arendt nos presenta es la visión ontológica de la política, haciendo patente su esencia, que no deja de ser tal porque el tipo de acontecimientos a los que seguimos llamando políticos no se ajusten a ella. En ese sentido, podemos asumir el calificativo de utópico para su visión de la política, siempre y cuando entendamos aquí este término a la manera de una idea reguladora kantiana que nos guía en nuestra búsqueda concreta de lo que la política realmente debe ser.

Por otra parte hay que destacar que Arendt no desconoce los peligros que acechan la libertad como comienzo, derivados todos ellos de los automatismos de todo tipo que rodean la vida humana, ya sean estos los automatismos orgánicos, o los de los procesos naturales y cósmicos que nos rodean. A ellos añade la autora los procesos históricos que también tienden siempre a automatizarse. La explicación de ello sería lo que Arendt llama la esfera o la trama de los asuntos humanos:

La esfera de los asuntos humanos, estrictamente hablando, está formada por la trama de las relaciones humanas que existe dondequiera que los hombres viven juntos. (...) Debido a esta ya existente trama de relaciones humanas, con sus innumerables y conflictivas voluntades e intenciones, la acción no siempre realiza su propósito (Arendt, 1993, p. 207).

Sin embargo, considera nuestra autora, y por ello reafirma siempre su fe en la libertad, aún en los peores momentos de la Historia, en que la libertad pareciese haberse petrificado para siempre, en realidad permanece intacta, como capacidad de empezar que "*anima e inspira todas las*

actividades humanas" (Arendt, 1996, p. 181). En estos momentos de petrificación, esta fuente oculta de todas las actividades humanas que es la libertad, no es una realidad mundana, vale decir, no es política. Pero, añade nuestra autora, insistiendo en su tono esperanzador

La fuente de la libertad sigue presente incluso cuando la vida política se ha petrificado y la acción política es impotente para interrumpir los procesos automáticos: (...) en tales circunstancias, la libertad no se experimenta como un modo de ser con su propia clase de "virtud" y virtuosismo, sino como un don supremo que sólo el hombre, entre todas las criaturas de la tierra parece haber recibido, del que podemos encontrar huellas y signos en casi todas sus actividades, pero que, no obstante, se desarrolla por completo sólo cuando la acción ha creado su propio espacio mundano, en el que puede salir de su escondite, por decirlo así, y hacer su aparición (Arendt, 1996, p. 182).

De esta manera, en cuanto puede romper la cadena de los automatismos y los vaivenes de las petrificaciones históricas, la facultad humana de la acción, es decir la libertad, puede producir *milagros*, lo cual según Arendt parece más extraño de lo que en realidad es. Pues cada principio aparece en el mundo como el surgir de una "infinita improbabilidad" que sin embargo se da y constituye la estructura profunda de lo que llamamos realidad. En este sentido, nuestra existencia entera es para la autora "*una cadena de milagros*" (Arendt, 1996, p. 182). Estos milagros los realizan en este caso los hombres, los cuales, "por haber recibido el doble don de la libertad y de la acción, pueden configurar una realidad propia." (Arendt, 1996, p. 184).

REFERÊNCIAS

- ARENDDT, Hannah. *Orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1974.
- _____. *La vida del espíritu*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1984.
- _____. *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, 1996.
- _____. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- _____. *¿Qué es la Política?* Barcelona: Paidós, 1997.

Endereço eletrônico dos autores:
gcomesan@luz.ve

